

mal se pararía, y que me había sobrevenido por el excesivo cansancio. Así estuve dos horas con este gran acceso de fiebre (que de continuo sentíala yo crecer) y diciendo siempre:

—Me siento morir.

Mi criada, que gobernaba toda la casa y se llamaba Flora de Castel del Río (esta mujer era la más dispuesta de las nacidas y también la más afectuosa), de continuo me reprendía hasta amedrentarme, y por otra parte me prestaba los mayores y más afectuosos servicios que puedan hacerse en el mundo. Empero viéndome con tan desmedido mal y tan asustado, á pesar de su fortaleza de corazón, no se podía contener sin que no vertiesen sus ojos algunas lágrimas, aun cuando lo más que podía guardábase de que yo la viese.

Estando en esta desmesurada tribulación, veo entrar en mi alcoba á un hombre, retorcida su persona como una S mayúscula; y comenzó á decir con apagada y afligida voz, como aquellos que encomiendan el alma de los que van á ajusticiar:

—¡Oh Bienvenido, vuestra obra se ha echado á perder y no tiene ya el más mínimo remedio del mundo!

Al punto que oí las palabras de aquel desdichado lancé un grito tan fuerte, que se hubiera oído desde el cielo del fuego (1); y levantándome del lecho cogí mis ropas y comencé á vestirme; y á las criadas, y á mi mu-

(1) Los antiguos cosmógrafos suponían, entre la atmósfera que envuelve á la tierra y el *cielo de la luna*, una esfera á la cual llamaban *cielo del fuego*.

chacho, y á cuantos se me acercaban para ayudarme, á todos daba yo de coces ó de puñadas, y me lamentaba diciendo:

—¡Ah, traidores envidiosos! Aquesta es una traición hecha al arte; mas juro por Dios que muy bien la conoceré, y antes de que yo muera daré de mí tales pruebas al mundo, que más de uno quedará de ellas admirado.

Habiéndome concluído de vestir, me encaminé con ánimo inquieto hacia el taller, donde vi á todas aquellas gentes que tan animosas había dejado, y estaban todas ahora atónitas y despavoridas. Comencé y dije:

—¡Vamos, oidme! y puesto que no habéis sabido ó querido obedecer el plan que os enseñé, obedecedme ahora que estoy con vosotros en presencia de mi obra; y no haya nadie que se me contraponga, porque aquellos casos tales precisan ayuda y no consejo.

A estas mis palabras respondiome cierto maestro, Alejandro Lastricati, diciendo:

—Mirad, Bienvenido, queréis acometer una empresa, la cual no la permite el arte ni se puede hacer en manera alguna.

Al oír tales palabras me volví tan furioso y resuelto á cualquiera cosa mala, que él y todos los demás dijeron á una voz:

—¡Animos, ánimos! Mandad, que todos os ayudaremos en cuanto vos podáis mandarnos y en tanto podamos resistir con vida.

Aquestas amorosas palabras piénsome si las dirían creyendo cómo faltábame poco para caer yo muerto.

Fuí á escape á ver el horno y vi el metal todo coagulado, á lo cual se llama «haberse hecho una morcilla».

Dije á dos peones que marchasen allá enfrente á casa del carnicero Capretta por una carga de leños de encina joven que estaban secos desde más de un año (los cuales leños habíamelos ofrecido la señora Ginebra, mujer del mencionado Capretta); y llegado que hubieron las primeras brazadas, comencé á llenar el brasero del horno. Y como la encina de aquella suerte hace un fuego más vigoroso que todas las demás suertes de leña (por lo cual emplease leña de aliso ó de pino para fundir las piezas de artillería, porque es fuego suave), cuando aquella morcilla comenzó á sentir ese terrible fuego, principió á aclararse y relampagueaba.

Por otra parte, di prisas á las canales y mandé á otros al techo para atajar el incendio, el cual, por la mayor fuerza de aquel fuego, habíase arraigado más y más; y hacia el huerto hice cómo pusiesen derechas algunas tablas y alfombras y telas que me defendían del agua.

LXXVII.

Luego que hube dado remedio á todas aquestas furiosas contrariedades, con grandísimos gritos decía, ya á éste, ya á aquél:

—¡Trae acá, alza allá!

De modo que viendo cómo dicha morcilla empezaba á liquidarse, obedecíanme todas aquellas gentes con

tan buena voluntad, que cada uno trabajaba por tres.

Entonces hice coger medio pan de estaño, el cual pesaba cerca de sesenta libras, y lo eché cerca del horno sobre la morcilla; la cual, con las otras ayudas del aumento de leños y de revolver, ora con hierros, ora con palancas, en poco espacio de tiempo volviéndose líquida. Al ver que había resucitado á un muerto, contra la opinión de todos aquellos ignorantes, recuperé tanto vigor, que no me percataba ya de si tenía fiebre ni temor á la muerte. De repente sintióse un estruendo, á la vez que se vió un grandísimo relámpago de fuego, que parecía propiamente como si se hubiera forjado un rayo allí mismo en presencia nuestra; por la cual insólita espantosa pavora, todos habíanse amedrentado, y yo más que los otros.

Desvanecido que se hubieron aquel magno estrépito y aquel resplandor grandísimo, comenzamos á volvernos á ver las caras unos á otros; y viendo que la tapadera del hornillo había estallado y levantádose de modo que se vertía fuera el bronce, en el acto hice abrir las bocas de mi molde, y al mismo tiempo hice quitar los dos taponés de las canales.

Al ver que el metal no corría con aquella presteza como solía hacerlo, y conociendo que la causa era acaso por haberse consumido la liga en virtud de aquel terrible fuego, hice coger todos mis platos, y escudillas, y fuentes de estaño, los cuales eran cerca de doscientos, y uno á uno los puse delante de mis canales, y parte los hice arrojar dentro del horno; de modo que vien-

do cada cual que mi bronce se había liquidado muy bien y que mi molde se llenaba, ayudábanme todos y me obedecían amistosamente y llenos de gozo, mientras yo mandábales ora acá, ora allá, les ayudaba y decía:

—¡Oh Dios, que con tu inmenso poderío resucitaste de entre los muertos y glorioso ascendiste al cielo!...

De repente se llenó mi molde, por lo cual me arrodillé, y con todo mi corazón di gracias á Dios. En seguida me volví hacia un plato de ensalada que había allí sobre un banquillo, y con grande apetito comí y bebí en unión de toda aquella familia. Después me fuí al lecho sano y contento, porque faltaban dos horas para amanecer; y como si no hubiese tenido el más mínimo mal del mundo, así descansé dulcemente.

Aquella mi buena criada, sin haberla dicho nada yo, habíame provisto de un gordo caponcillo; de modo que cuando me levanté del lecho, próxima ya la hora de almorzar, salióme aquélla al encuentro alegremente:

—¡Oh! ¿Y este hombre es aquel que se sentía morir? Creo que al ver aquellas puñadas y coces que nos dabais esta noche última, cuando estabais tan furioso con aquella diabólica furia que mostrabais tener, vuestra tan desmedida fiebre echóse á huir, acaso temerosa de que también á ella la pegaseis.

Repuesta así toda mi pobre servidumbre de tantos temores y de tan desmedidas fatigas, al momento envié á comprar, en cambio de aquellos platos y escudillas de estaño, gran copia de vajilla de barro, y todos

gozosamente comimos; que no recuerdo en todo el transcurso de mi vida haber comido con mayor alegría ni con mejor apetito.

Luego del almuerzo, vinieron en mi busca todos aquellos que me habían ayudado, quienes con el mayor gozo alegrábanse, dando gracias á Dios por todo cuanto había ocurrido, y manifestaban haber aprendido y visto hacer cosas que por los demás maestros eran tenidas como imposibles. Algún tanto satisfecho yo entonces, pareciéndome ser un poco docto en el arte, me vanaglorié de ello; y echando mano á mi bolsa, á todos pagué y dejé contentos.

Aquel mal hombre y enemigo mortal mío de Pedro Francisco Ricci, mayordomo del duque, con gran premura trataba de averiguar cómo habían sucedido las cosas. Y aconteció que aquellos dos de quienes sospechaba yo que me hubiesen hecho hacerse aquella morcilla, le dijeron que yo no era un hombre, sino el mismísimo demonio, porque había hecho lo que el arte no puede hacer; á la vez que tantas otras grandes cosas, las cuales hubieran sido demasiadas para un diablo.

Así como decían ellos mucho más de lo que había acontecido, quizá para su propia excusa, asimismo el referido mayordomo se lo escribió en el acto al duque (el cual estaba en Pisa), todavía más terriblemente y con mayores maravillas de como aquellos habíanselo narrado.

LXXVIII.

Dejado que hube por dos días enfriarse mi obra fundida, comencé á descubrirla poco á poco: lo primero que encontré fué la cabeza de la Medusa, que había salido muy bien, en virtud de los respiraderos, conforme había yo dicho al duque cómo la natura del fuego le hace encaminarse hacia lo alto; después continué descubriendo el resto, y encontré la otra cabeza, esto es, la del Perseo, que igualmente había resultado muy bien; y esto me causó mucho mayor asombro, porque, según puede verse, está bastante más baja que la de la Medusa.

Y como las embocaduras de dicha obra habíanse puesto en lo alto de la cabeza del Perseo y en la espalda, me encontré con que al final de la cabeza del Perseo habíase acabado precisamente todo el bronce que había en mi horno. Y fué cosa para maravillarse el no haber sobrado fundición por las embocaduras, ni tampoco faltado nada; admiróme tanto aquesto, que me pareció en verdad cosa de milagro, positivamente dirigida y manejada por Dios.

Seguí con toda felicidad adelante para terminar de descubrirla, y encontraba siempre muy bien resultantes todas las cosas hasta llegar al pie de la pierna derecha que descansa, donde vi que había salido bien el talón; y siguiendo adelante, vi que todo el molde estaba lleno;

de modo que mientras por una parte me alegraba, por otra medio dábame disgusto, sólo por haber yo dicho al duque cómo esto no podía salir bien. De modo que al acabarlo de descubrir, sólo encontré que no habían resultado los dedos de dicho pie, y no sólo los dedos, sino un poquito por encima de ellos, hasta el punto de que faltaba casi la mitad; y aun cuando tuve pesar por aquel poco de fatiga, no me supo del todo mal, sólo por demostrar al duque cómo entendía yo de aquello que me hacía.

Y si bien había salido de aquel pie mucho más de lo que yo creyese, la causa de ello fué que, por los tan diversos accidentes dichos, el metal estaba más caliente de lo que permiten los principios del arte, y además, por haberlo tenido que socorrer con las ligas del modo antes referido, con aquellos platos de estaño, cosa que jamás por otros ha sido usada.

Al ver que mi obra me había salido tan bien, al momento me fuí á Pisa en busca de mi duque, el cual me dispensó la más afabilísima acogida que imaginarse pueda en el mundo, y lo mismo me hizo la duquesa; pues aun cuando aquel mayordomo suyo habíales avisado de todo, hubo de parecer á Sus Excelencias cosa aún más estupenda y de mayor portento el oírmela contar de viva voz. Y cuando yo llegué á lo de aquel pie del Perseo que no había resultado, según de ello di anticipado aviso á Su Excelencia Ilustrísima, le vi llevarse de asombro y contárselo á la duquesa conforme habíasele dicho yo por anticipado.

Al ver á aquellos señores míos tan afables para conmigo, supliqué al duque entonces cómo me dejase ir hásta Roma. Benévolamente dióme licencia, me dijo que tornase presto para concluir su Perseo, y me dió cartas para presentarme á su embajador, el cual era Averardo Serristori. Eran entonces los primeros años del papa Julio del Monte (1),

LXXIX.

Antes de que yo me partiese, dí órdenes á mis ayudantes para que siguiesen la manera que habíales yo mostrado.

El motivo por el cual me marché, fué que, habiendo hecho á Bindo de Antonio Altoviti un retrato en bronce de su busto de tamaño natural, y mandádoselo á Roma, había puesto aqueste su retrato en un escritorio suyo, el cual estaba muy ricamente adornado con antigüedades y otras bellas cosas; mas el referido escritorio no era á propósito para esculturas, ni menos para pinturas, porque las ventanas abríanse por bajo de dichas bellas obras; de suerte que, por tener las luces al contrario, no se veían bien aquellas esculturas y pinturas del modo como lo hubieran hecho si hubiesen tenido sus razonables luces.

(1) Julio III, antes Juan María Gicchi del Monte Sansavino, electo papa en 22 de Febrero de 1550; reinó hasta el 23 de Marzo de 1555.

Cierto día el mencionado Bindo hallábase á la puerta; y pasando el escultor Miguel Angel Buonarroti, rogóle aquél que se dignase entrar en su casa para ver un escritorio suyo, como así fué. Al momento de entrar y verlo, preguntó:

—¿Quién ha sido aqueste maestro que os ha retratado tan bien y de tan hermosa manera? Sabed que ese busto me agrada tanto y aún más como aquellos que me placen de la antigüedad, con ser de los buenos que se ven; y si aquestas ventanas estuviesen arriba, como están abajo, los mostrarían tanto mejor que aquel vuestro retrato lograría grande honor entre aquestas obras tan hermosas.

Así que de casa de Bindo partióse Miguel Angel, escribióme éste una afectuosísima carta, la cual así decía:

«Bienvenido mío, durante muchos años téngoos reconocido como el mayor aurífice de que jamás hubo noticia: y ahora os reconozco al igual como escultor. Sabed cómo el señor Bindo Altoviti llevóme á que viese una cabeza de bronce, retrato suyo, y me dijo que era de mano vuestra: tuve de ello mucho placer. Mas hame sabido muy mal el que estuviese puesta á mala luz; pues si tuviera su luz adecuada, mostraríase cuán hermosa obra es.»

Aquesta carta estaba tan llena de las más amorosas palabras y de las más favorables para mí, que, antes de partirme para ir á Roma, se la mostré al duque; el cual con mucho afecto la leyó, y me dijo:

—Bienvenido, si le escribes, como le hicieres entrar

en deseos de tornarse á Florencia, le haría de los Cuarenta y ocho (1).

Así, pues, le escribí una carta cariñosísima, y en ella le dije de parte del duque cien veces más de aquello que habíaseme encargado; y no queriendo cometer error, se la mostré al duque antes de sellarla, y dije á su Excelencia Ilustrísima:

—Señor, acaso le habré prometido demasiado.

—Merece más de cuanto hasle prometido; y mucho más que eso le cumpliré yo.

Miguel Ángel no dió respuesta alguna á aquella carta mía, por lo cual manifestóseme el duque muy encolerizado con él.

LXXX.

Llegado que hube á Roma, fuí en busca de alojamiento á casa del referido Bindo Altoviti. Al instante me dijo cómo había mostrado su retrato de bronce á Miguel Ángel, quien hubo de loarlo tanto; departimos acerca de esto largamente.

Mas como tenía en poder suyo 1.200 escudos de oro

(1) Cuando el papa Clemente VII reformó la Constitución política de Florencia, en 1532, convirtiendo la República en Ducado á favor de Alejandro de Médicis, creáronse tres consejos, uno de los cuales se componía de cuarenta y ocho miembros, llamado también Senado, que venía á corresponder á las modernas Asambleas legislativas.

en oro (1), los cuales dicho Bindo habíamelos colocado hasta con un total de 5.300 que prestó al duque (4000 (2) eran suyos, y á su nombre estaban también los míos, y sacaba de ellos la utilidad de la parte que á mí me pertenecía), eso fué causa de que yo me pusiese á hacerle dicho retrato.

Cuando el mencionado Bindo lo vió hecho en cera, mandó entregarme 50 escudos de oro por mano de su notario Julián Paccalli, que estaba con él; los cuales dineros no quise recibir, y por él mismo se los devolví, y después dije á Bindo:

—Me conviene que esos dineros míos me los tengáis vivos, y que me ganen alguna cosa.

Comprendí que le había puesto de mal humor, porque en lugar de hacerme halagos, según tenía por costumbre, se me puso serio; y á pesar de que me tenía en su casa, nunca me habló con claridad, sino que estaba enfadado. Empero, con pocas palabras resolvimos aquello: pedí mi hechura de aquel su retrato y el bronce también, y convinimos en que mis dineros los tendría él al 15 por 100 durante toda mi vida natural.

(1) El escudo de oro en oro era moneda imaginaria, valorada en siete y media liras; el escudo de moneda era una pieza acuñada de valor de siete liras.

(2) No se sabe por el texto si el préstamo fué de 5.000 escudos ó de 5.200. Como de Cellini, eran fijamente 1.200; la duda está en si lo que puso Bindo fué 3.800 escudos ó 4.000. La cosa es de poca monta en comparación con los hechos de necesitar un Médicis reinante un préstamo de 37.500 pesetas de nuestra moneda, y el de que Cellini prestase á un gran banquero 9.000 pesetas al 15 por 100.

LXXXI.

En primer lugar había ido á besar los pies al papa; y mientras departía yo con el papa, presentóse Averardo Serristori, el cual era embajador de nuestro duque. Había entablado yo ciertos tratos de palabra con el papa, mediante los cuales creo que fácilmente me hubiera convenido con él, y con mucho gusto me hubiese tornado á Roma por los grandes aprietos con que me veía en Florencia; mas me percaté de cómo dicho embajador había intervenido obrando en mi contra.

Fuí en busca de Miguel Ángel Buonarroti y le hablé de aquella carta que desde Florencia había yo escrito de parte del duque. Respondióme cómo estaba empleado en la fábrica de San Pedro, y que por tal causa no podía partirse de allí. Entonces le contesté cómo, puesto que estaba resuelto el modelo de dicha fábrica, podía dejar á su ayudante Urbino, quien obedecería en un todo cuanto le ordenase él; y añadí otras muchas palabras de promesa, diciéndoselas como de parte del duque. De pronto me miró con fijeza, y frunciendo el entrecejo, me preguntó:

—¿Y vos, estáis contento con él?

Si bien dije que estaba contentísimo y muy bien tratado, dió muestras de saber la mayor parte de mis disgustos; y así pues, me respondió que le sería difícil po-

derse partir. Entonces añadí que lo mejor que pudiera hacer era tornarse á su patria, la cual estaba gobernada por un señor justísimo y más amante de los ingenios que otro señor alguno nacido en el mundo.

Según dije más arriba, tenía á su lado un ayudante que era de Urbino, quien había estado con él muchos años y habíale servido más de mancebo y de criado que de ninguna otra cosa (lo cual se advertía porque el mencionado no había aprendido ninguna cosa de arte); y como había yo apretado á Miguel Ángel con tantas buenas razones que no sabía éste cómo contestar, súbito volviése hacia su Urbino á modo como si le preguntase qué le parecía de ello. Al momento aqúeste de Urbino (1), con villanas maneras y á grandes gritos respondió:

—Yo no quiero separarme de mi señor Miguel Ángel hasta que yo le vea á él perder el pellejo, ó él me vea perder el pellejo á mí.

Al oír aquestas necias palabras, me vi forzado á echarme á reír; y sin decirle adiós, me volví con la cabeza baja y partíme.

LXXXII.

Después que tan mal había arreglado yo mi hacienda con Bindo Altoviti, con perder mi busto de bronce y darle mis dineros por toda mi vida, llegué á saber de

(1) El nombre propio de éste era Francisco Amatori, natural de Urbino.

qué suerte es la fe de los mercaderes, y disgustadísimo por ello me torné á Florencia. Al momento fuí á Palacio á visitar al duque; y Su Excelencia Ilustrísima estaba en Castello, sobre el Ponte de Rifredi (2). Encontré en Palacio á Pedro Francisco Ricci, mayordomo; y al quererme acercar á él para hacerle las usuales cortesías, al momento exclamó, con desmesurado asombro:

—¡Oh, con que has vuelto!

Y con el mismo asombro dijo batiendo palmas:

—El duque está en Castello.

Y volviéndome las espaldas partióse. No podía yo saber ni imaginarme por qué aquel bestia había hecho tales extremos. Al momento me marché á Castello, y al entrar en el jardín donde estaba el duque, le vi desde lejos; cuando él me vió, hizo ademán de asombrarse, y dióme á entender que me marchase de allí.

Yo, que habíame prometido que Su Excelencia me hiciese los mismos agasajos y aún mayores de los que me hizo cuando fuí á verle, al advertir ahora tamaña extravagancia, me torné muy disgustado á Florencia, y volví á mis quehaceres, dándome prisa por concluir mi obra. No me podía imaginar de qué pudiera proceder tal accidente; mas observando el modo cómo me miraban el Sr. Sforza y algunos otros de la mayor intimidad del duque, entráronme deseos de preguntar al señor Sforza qué quería decir aquesto; el cual me dijo sonriendo:

(2) Casi á medio camino, entre Florencia y Prato.

—Bienvenido, continuad siendo hombre de bien, y no os curéis de otra cosa.

Pocos días después presentóseme ocasión de hablar al duque, quien me hizo ciertos halagos confusos y me preguntó qué había hecho en Roma; lo mejor que supe anudé conversación y le hablé del busto en bronce que había yo hecho á Bindo Altoviti, con todo lo acontecido luego. Me percaté de cómo estaba escuchándome con suma atención; igualmente le referí todo lo de Miguel Angel Buonarroti, por lo cual se mostró algún tanto contrariado; rióse mucho de las palabras del de Urbino, sobre aquel despellejamiento que éste había dicho. Luego exclamó:

—Sea para su dueño.

Partíme yo en seguida. De seguro que aquel mayordomo, Pedro Francisco, debía de haber empleado sus malas artes para mí con el duque, las cuales no le resultaron; pues Dios, amante de la verdad, defendióme tal como siempre lo ha hecho hasta hoy, que de tan desmesurados peligros me ha salvado, y espero que me salve hasta el fin de esta mi trabajada vida. Por eso marché animosamente hacia adelante, sólo por su poder, y no me espanta furor alguno de la fortuna ó de malignas estrellas; sólo pido que Dios me mantenga en su gracia.

LXXXIII.

Luego sufrí un terrible accidente, afabilísimo lector. Con cuanta solicitud sabía y podía yo, dedicábame á dar fin á mi obra, y por la noche iba á velar en el guardarropa del duque, ayudando á los aurífices que allí trabajaban para Su Excelencia Ilustrísima (la mayor parte de aquellas obras que hacían, eran por dibujos míos); y advirtiéndome yo que el duque tenía mucho gusto, lo mismo en ver trabajar como en hablar conmigo, también iba yo de propósito algunas veces de día.

Estando uno de ellos en dicho guardarropa, vino el duque, según su costumbre, y con más gusto aún, por haber sabido Su Excelencia Ilustrísima que estaba yo allí; y tan pronto como hubo llegado, comenzó á discurrir conmigo sobre muy diversas y agradabilísimas cosas, respondiéndome yo á propósito; y de tal modo le encanté, que se me mostró mucho más amable que nunca lo hubiese hecho en lo pasado.

De repente se presentó uno de sus dos secretarios, quien habló al oído á Su Excelencia; y por ser quizá cosa de mucha importancia, levantóse al instante el duque y se fué con dicho secretario á otra habitación. Y habiendo mandado la duquesa á ver qué hacía Su Excelencia Ilustrísima, contestó el paje á la duquesa:

—El duque habla y se rie con Bienvenido, y está de buen humor.

Al oír aquesto, la duquesa vino á escape al guardarropa, y no encontrando allí al duque, sentóse junto á nosotros; luego que nos hubo visto trabajar un rato, con gran afabilidad dirigióse á mí y me mostró una sarta de perlas gruesas y verdaderamente rarísimas; y preguntándome qué me parecían, contesté que eran muy hermosas. Entonces me dijo Su Excelencia Ilustrísima:

—Quiero que el duque me las compre; así, pues, Bienvenido mío, lóaselas al duque todo cuanto sepas y puedas lo mejor del mundo.

Al oír estas palabras, con cuanta reverencia supe, descubríme á la duquesa y dije:

—Señora mía, yo me pensaba que aquesta sarta de perlas eran de Vuestra Excelencia Ilustrísima; y aun cuando la razón no exige que se diga ninguna de las cosas que se me ocurre decir (sabiendo que aquellas no son de Vuestra Excelencia Ilustrísima), eso no obstante, me es necesario decirlas. Sepa Vuestra Excelencia Ilustrísima, que por ser muy antiguo en mi profesión, reconozco en aquestas perlas muchísimos defectos, por los cuales jamás aconsejaría que Vuestra Excelencia las comprase.

Al oír tales palabras mías, dijo ella:

—El mercader me las dá por seis mil escudos; pues que si no tuviesen algunos defectillos, valdrían más de doce mil.

Contesté yo entonces, que aún cuando aquella sarta fuese de una bondad enteramente infinita, jamás acon-